

Pedro Fernández Riquelme

El discurso reaccionario
de la derecha española
De Donoso Cortés a Vox



DOBLE J

EFIALTES

2022

ÍNDICE

Prólogo	
<i>José del Valle</i>	III
Introducción	i
I. Retórica afrancesada versus retórica conservadora. El fracaso de las revoluciones liberales en la España del siglo XIX	1
II. Donoso Cortés y Menéndez Pelayo: la construcción del discurso reaccionario	41
III. La crisis del 98 y la retórica del alma española	51
IV. El desastre de Annual y el periodo de entreguerras europeo. Nacimiento del discurso fascista	61
V. Ramiro de Maeztu y los dispositivos reaccionarios: la Hispanidad y Acción española	73
VI. El discurso del nacionalcatolicismo y el tardofranquismo	81
VII. Transición y democracia. AP y PP: liberales con rémoras del pasado	101
IX. Posfascismo	113
X. Vox y la nueva derecha soberanista	149
Notas	189
Bibliografía	207

Prólogo

El libro que tenemos entre manos se inserta decididamente en debates contemporáneos que se libran tanto en los espacios limitados de la discusión universitaria como en las distintas esferas que conforman el abstracto concepto del espacio público. La notable visibilidad alcanzada por la extrema derecha y la musculatura electoral que está exhibiendo despiertan tanto el interés del especialista en Ciencias Sociales—cualquiera que sea su espacio y denominación—como la inquietud de sectores de la ciudadanía que vislumbran proyectos de sociedad incompatibles con los que inspiran el pensamiento reaccionario de derechas y su acción política.

A las izquierdas que han forjado su identidad en la crítica frontal a la democracia liberal, este escenario les impone contorsiones y acrobacias nuevas y particularmente incómodas al constatar que son el neoconservadurismo radical y el neofascismo los que de hecho han conseguido erosionar los valores y mecanismos del denostado sistema económico hegemónico y los regímenes políticos que lo sostienen. Es la extrema derecha la que—cada vez más, desde dentro del sistema—se aprovecha de las contradicciones e insuficiencias de la representatividad de la democracia liberal y la que, paradójicamente, muestra su desprecio por la libertad impulsando más allá incluso de sus límites los esquemas cognitivos del neoliberalismo. Las fuerzas políticas de izquierdas nacidas de las convulsiones sociales generadas por la crisis del modelo se ven por tanto ante el dilema de hacerle el juego a la extrema derecha a modo de pinza antisistema o, por el contrario, consensuar con la centro-izquierda de siempre estrategias de defensa de aquello cuya seña de identidad ideológica les impide defender: la democracia liberal y la socialdemocracia. Así lo evidencian los malabarismos que ha de hacer, por ejemplo, Podemos en España al entrar a un gobierno en compañía del Partido Socialista Obrero

Español, pieza central de la tan criticada Transición, o los que cuando se escriben estas líneas hace el neoizquierdista Gabriel Boric, presidente electo de Chile al haber derrotado a la extrema derecha de José Antonio Kast, al tener que acudir, para formar el primer gobierno de su presidencia, a fuerzas tales como el Partido Socialista, protagonistas también de la transición de este país latinoamericano.

En el devenir de estos procesos, el despliegue del lenguaje resulta central pues los mecanismos de interacción entre la clase política y distintos sectores de la sociedad son clave para la obtención de una legitimidad suficiente en el acceso (ya sea democrático o violento) y ejercicio (ya sea incluyente o autoritario) del poder. La capacidad de las izquierdas y las derechas para construir continuidades y afinidades entre sus discursos y la experiencia glotopolítica de la ciudadanía es la base sobre la que se asientan sus posibilidades de acción conservadora o transformadora sobre el conjunto de la sociedad.

Comprender estos complejos fenómenos ocupa en la actualidad buena parte del trabajo de análisis e interpretación que se hace desde las Ciencias Sociales y las Humanidades. Sí, las Humanidades. ¿No se refirió acaso Víctor Klemperer al análisis del Tercer Reich desplegado en sus diarios como “la filología de esta miseria”? Aquel meticuloso estudio en tiempo real de la victoria Nazi en el campo de batalla del lenguaje nace en efecto de la Filología para convertirse en una de las más penetrantes (y aterradoras) visiones de la inseparabilidad del discurso y la vida política. Es un texto paradigmático de la selección del lenguaje como zona cero de la interpretación y de la adopción de la glotopolítica como mirada preferente en el análisis social. De entre las muchas virtudes que posee, destacamos la teoría del lenguaje que yace tras el clásico de Klemperer, pues se aparta de aquella que creció en brazos de la lingüística histórico-comparativa del siglo diecinueve, de la llamada Filología científica y de la lingüística estructural del veinte. La idea del lenguaje como código capaz de representar una realidad externa a él—visión en exceso ingenua para la comprensión de la política real—es sustituida por otra que lo entiende como discurso, es decir, como acción social que pugna por dotar de sentido a las experiencias humanas. Sin negar el valor heurístico de la función representativa que tradicionalmente se le atribuye al lenguaje, la perspectiva glotopolítica dirige el foco de la mirada hacia su función performativa. Porque es en la praxis social donde se pueden identificar, a partir de la inexorable inestabilidad de la relación entre significante y significado, las luchas en torno a su fijación en nombre de visiones concretas de la sociedad y de intereses de toda índole.

Esta es precisamente la perspectiva adoptada por el presente libro, que nos ofrece una arqueología de la matriz discursiva sobre la cual la extrema derecha española construye su acción política desde el siglo diecinueve hasta la actualidad. Haces de palabras y conceptos van cristalizando en el espacio-tiempo como representaciones de España en tanto que realidad histórica asociada a un ethos. Pero la clave glotopolítica se halla en la historicidad, es decir, en la manifestación concreta y bajo condiciones materiales precisas de aquella estructura discursiva fundamental; en la activación del lenguaje de la extrema derecha en respuesta a necesidades políticas arraigadas en tiempos y en espacios sensibles. Para entender mejor el devenir del poder en una comunidad, acaso importe menos (o, como mínimo, igualmente) identificar la relación entre los discursos y la “verdad” que calibrar el compromiso o descarte de la evidencia en lo que de argumentación tenga el discurso político y el rol de la palabra en la movilización de gentes en nombre de una opción política. De hecho, es en la discursividad de la palabra donde se halla su condición política; es en la praxis social que se compone no solo de la materialidad lingüística del signo sino de las condiciones materiales de su producción, transmisión y difusión. Pareciera más evidente que nunca el valor de la máxima de Mashall McLuhan de que el medio es el mensaje.

Un estudio panorámico del devenir de esa matriz discursiva en la España moderna y un material fundamental para afrontar las lides glotopolíticas presentes es lo que nos ofrece este libro de Pedro Fernández Riquelme. Una obra inmensamente atendible.

José del Valle

Santiago de Chile, 21 de enero de 2022.

Introducción

Tomo la pluma para demostrar que la revolución es la paz, la reacción la guerra.

Pi y Margall. *La reacción y la revolución*. 1854.

El uso más desatinado que se puede hacer del Evangelio es aducirlo como texto de argumentos políticos.

Manuel Azaña. Discurso en las Cortes. 10 de octubre de 1931.

El blanqueamiento del franquismo por parte de algunos periodistas, historiadores y partidos políticos, así como la pretendida afirmación de que hubo -y aún persiste- una leyenda negra sobre la historia de España, en especial la relativa al Imperio, solo forman parte de un clima de extremismo político que se está instalando en la ciudadanía española, víctima de dos crisis económicas en poco más de diez años en un ambiente salpicado por intermitentes, pero graves, casos de corrupción política. Además, una parte de ella se ha cuestionado el actual régimen político, bien desde el nacionalismo periférico, bien desde la izquierda populista y poscomunista. Estos hechos, unidos a los avances en derechos sociales que se han ido implementando en un Estado aconfesional, han provocado una reacción de determinados poderes fácticos, siempre presentes en la historia contemporánea de España, para evitar los cambios profundos en el régimen actual, ya sea en sus ámbitos político, religioso, social como en el económico.

España se ha afianzado en las últimas décadas como un país próspero (séptima economía del mundo en 2007¹), y, por tanto, acoge mano de

obra extranjera, normalizando de esta forma la inmigración. Sin embargo, la integración de culturas de distinto origen siempre genera tensiones, aunque no demasiado preocupantes para la ciudadanía, pues según el CIS de 2020 la inmigración solo supone el primer problema del país para el 1,6 de la población². Otro hecho clave para nuestro objeto de estudio es el desafío independentista en Cataluña. Ambos hechos han provocado el crecimiento de Vox, un partido situado a la derecha del Partido Popular con amplia representación parlamentaria, hasta ahora marginal, y el éxito de libros de historia revisionistas, como *Imperiofobia*, de Roca Barea (contestado científicamente por el filósofo José Luis Villacañas con *Imperiofilia*), que intentan dar la batalla cultural a la intelectualidad a costa de polemizar con los hechos históricos. Ellos vislumbran que hay un sector de la ciudadanía que siente su identidad amenazada y entienden que es un momento populista reaccionario.

Fue Isaac Newton quien creó el par acción-reacción para referirse a la tercera ley del movimiento: a cada acción corresponde una reacción opuesta igual. Tradicionalmente, se ha entendido el concepto de *reaccionario* referido a ideologías o personas que aspiran a instaurar un estado de cosas anterior al presente. Se originó como expresión peyorativa para referirse, desde la Revolución Francesa, a lo que se opone a la revolución, como sinónimo de contrarrevolucionario. Concretamente, el término *reaccionario* procede de la Reacción de Termidor (1794-1795), que acabó con el poder jacobino e impuso el Directorio. Según Hirschman (2020: 94), el primer ensayo donde se utiliza este término para fines políticos fue el tratado *De las reacciones políticas*, escrito en 1797 por Benjamin Constant.

Aunque intentaré demostrar que el nacimiento del discurso reaccionario español se sitúa en las Cortes de Cádiz, a nivel ideológico, tanto Menéndez Pelayo (1876) como Javier Herrero (1994) lo sitúan en la época de Carlos III, cuando triunfa el pensamiento ilustrado frente al del Antiguo Régimen. De tal modo, se crea una postura coherente y sistemática contraria a la modernidad, donde la tradición se establece como eje ideológico ante las ideas extranjeras, dando paso a la mitología reaccionaria.

Al contrario de lo que pensaban los antiilustrados del siglo XVIII, y que es defendido por Menéndez Pelayo, la Ilustración española es una respuesta a problemas españoles, “dotada de una originalidad que le da una personalidad propia” (Herrero, 1994: 17). *La falsa filosofía* (1776) del padre Zeballos (tomista), es una clara muestra de la “escuela española” contra el jansenismo, el enciclopedismo y el volteranismo. La España tradicional representaría a la monarquía absolutista católica, sin embargo, Herrero

afirma que “lo que se ha llamado tradición española ni es tradición ni es española” porque “El conflicto entre el Antiguo Régimen y la sociedad moderna, entre absolutismo y derechos humanos, abarca Europa entera” (Herrero, 1994: 22-23).

El pensamiento reaccionario tiene que ver con los siguientes puntos nodales (Laclau, 2005):

- Nacionalismo: como órgano de representación de intereses colectivos en el seno de los grandes grupos.
- Miedo a las consecuencias de los desarrollos de la sociedad en general
- Contraposición provincia-ciudad.
- Problema agrario no resuelto.
- Autoritarismo. Se pontifica con elementos que difícilmente se pueden controlar, pero por esta misma circunstancia confieren al que los saca a colación un tipo especial de autoridad.
- Símbolos: uso exagerado de su significación para alimentar el inconsciente. Su repetición tiene valor propagandístico.
- Supuesto desprecio a los símbolos nacionales y reacción airada de los reaccionarios.
- Antiintelectualismo: miedo a que el inconsciente se vuelva consciente.
- Monopolización del adjetivo *español* y de los sustantivos *España* y *patria*.

Estas características son señaladas por el filósofo alemán Adorno en 1967 (2020: 12) en relación a los rasgos de la derecha radical que siguió a la II Guerra Mundial y, sin embargo, coinciden con las características del discurso reaccionario, como demostraremos en este ensayo. La sorprendente actualidad de la obra de Adorno contrasta con quienes quieren calificar como una nueva categoría política a los llamados soberanistas o identitarios, ajena a la clásica dicotomía izquierda-derecha.

En este ensayo se intentará demostrar desde la interpretación histórica a través del discurso cómo desde el siglo XIX hasta la actualidad el sector más conservador de la sociedad española ha utilizado el lenguaje verbal, primero, para instigar y, después, para legitimar las acciones armadas que impidieran la instauración de un Estado plenamente democrático, republicano, igualitario, próspero, aconfesional y unido en su diversidad.

¿Por qué republicano? La mayor parte de las naciones del mundo son repúblicas y, en concreto, la mayoría de las democracias avanzadas poseen esta forma de gobierno, que no es intrínsecamente ni de izquierdas ni de derechas: EEUU, Alemania, Francia, Italia, Canadá, Australia, Suiza, etc.